

CAZABAN Y LA CASA DE DON LOPE

Por JUAN MUÑOZ-COBO

(Consejero de Número del I. E. G.)

«*P*ERO, —decía Maritain— yo no sería feliz si no tuviera un lugar donde esconderme...»

Este lugar, tan ansiado por don Alfredo, tan necesario para él cuando la vida había desgastado ya los rasgos de emperador romano con que lo modelara Jacinto Higuera en admirable busto; este lugar tan indispensable para un hombre como Cazabán que tanto trabajó por las glorias del Santo Reino, era «La Casa de don Lope» donde lo conocí una tarde de septiembre, muy cerca del crepúsculo, cuando los pámpanos de las viñas de la Loma cambian el verde joyante por el atezado cobrizo; cuando los lagares de Torreperogil y de Ubeda —su tierra tan querida— están a punto de recibir los racimos que han de convertirse en mosto generoso y se cuelgan de las puertas de los cosecheros los ramos de retama, indicadores con su lenguaje mudo, de los jaraices.

La aldea de San Bartolomé en la antigua Torre de Garci Fernández, con su casón solariego y su iglesita, de graciosa espadaña, daban tono al paisaje. A poniente la carretera de Albacete, andadura de alguna correía de don Antonio Machado hacia Cazorla y Quesada y, más al fondo, Sabiote en silueta. ¡Qué bien eligió don Alfredo el emplazamiento de «La Casa de Don Lope» y qué poco había de disfrutarla! Allí estaba él, como un viejo patricio, arrellanada su gran humanidad en una butaca de mimbre, con sus hijas Elvira y Trini. Yo era un estudiantillo de diecinueve años y acompañaba a mi tío Diego a hacer una visita al insigne escritor, al periodista, amigo de la familia, que hacía años había escrito un notable artículo necrológico en «Don Lope de Sosa», dedicado

a la memoria de mi abuelo Diego Muñoz-Cobo y Arredondo, muerto en Baños el 9 de febrero de 1919, en el que sacaba a relucir aquel periódico «El Husar» que mi abuelo fundara en Jaén, y cuyo primer número apareció el 20 de mayo de 1886 y el último el 7 de noviembre de 1888, en que mi abuelo hizo gala —a decir de Cazabán— de su prosa clara y castiza, de su aticismo burlón y su ironía sutil; de la originalidad siempre constante de su estilo y la acometividad formidable de sus campañas. Eran los tiempos en que mi abuelo militaba en la política de la Restauración como diputado provincial, —dos nietos suyos habíamos de serlo muchos años después—. Tiempos de un Jaén de buenos escritores que, por otra parte, nunca le faltaron, donde también alumbraron con luz propia los hermanos Figueroa —Augusto y Adolfo— y Gutiérrez Abascal; el genio poético de don Antonio Almendros y las plumas brillantes de Pedro de la Garza, Mariano Extremera, Andrés Jurado de la Parra, Manuel Montero Moya, y tantos otros que hicieron de aquél Jaén pequeño y provinciano, asiento del bien decir.

Me parece ver aún a don Alfredo, con sus hijas, sentado a la puerta de «La Casa de Don Lope» donde tan grandes ilusiones puso. ¿Qué fue de tantas como se llevaron con él los vientos que corrieron poco después? ¿Qué se hizo de la revista «Don Lope de Sosa», crónica mensual del Santo Reino, que valió siempre una peseta y daba tanto por tan poco?

La otra ocasión en que ví a Cazabán —ya la última, porque murió poco después— fue en su despacho del Museo Provincial. Viejo y cansado, desengañado tal vez, aún se mantenía en el yunque. Había fundado hacía unos diecisiete años la revista «Don Lope de Sosa» y acertó a sostenerla viva y pujante hasta su muerte, prestando un inapreciable servicio a las letras, a la historia y al arte del Santo Reino como lo han prestado muy pocos. Aunque con buenos colaboradores, la revista salía casi exclusivamente de la pluma de aquel hombre genial, amante de su tierra y exaltador de sus valores y tradiciones. Lástima que desapareciera con su creador y no se haya sabido o podido hacer otra semejante, incluso con el mismo título tan bien elegido, como lo fuera el nombre del personaje del sevillano Baltasar de Alcázar en «La Cena jocosa».

Ya que ahora no puedo decir, como Don Lope dijera, «en Jaén donde resido» porque los azares de la vida me llevaron un día de la ciudad queridísima, diré que se me ensancha el alma cuando, tras largas ausen-

cias, vuelvo a Jaén aunque sean unas breves horas, veo a los amigos de siempre y contemplo las montañas que le sirven de marco con el colofón magnífico del castillo de Santa Catalina.

Mis recuerdos vuelven ahora a la Torre de Garci Fernández, a los cerros de Ubeda, más imaginarios que reales, a aquella humilde aldea de San Bartolomé, donde fuera heredado Garci Fernández de Villamayor, uno de los trescientos caballeros que vinieron con San Fernando a la conquista de Baeza. Recuerdo la conversación con don Alfredo, salpicada de gracia y donaire; la reina estampa del hombre, ya en el ocaso de su vida; al maestro de escritores al que Jaén debe tanto, tanto, que no le ha pagado como debiera...

Sean ahora para él, después de tantos años, mi gratitud y mi recuerdo.

Madrid, marzo de 1971.